

Dos cartas de



Dostoievski

Nació en 1822, y su obra, su influencia, su paradigma, continúan vigentes. Siempre es aleccionador hablar de él y seguir estudiando al novelista que mejor prefigura su época y su ambiente, rebasándolos incluso hasta nuestros días. Los personajes de Dostoievski están en todas partes. La fatalidad se halla inmersa en la obra dostoievskiana como en muy pocos escritores del siglo XIX. Es un novelista que como tal supera, sin embargo, al pensa-

dor. Un verdadero río de géneros diversos.

Ofrecemos a continuación dos cartas que pueden ayudar a comprender la personalidad—humana y literaria— de Dostoievski, una escrita desde la cárcel a su hermano Mijail, y otra en que presenta a su editor «Crimen y castigo». La síntesis biográfica que sigue a estas cartas completa el retrato de un autor que continúa siendo nuestro contemporáneo. ■ CARLOS SAMPELAYO.

LA VIDA EN LA CARCEL

A los cuatro años de prisión y ya libre Dostoievski, escribe a su hermano Mijail:

«Omsk. Febrero, 22, 1854.

Creo que, por fin, puedo hablar contigo más larga y más francamente. Pero antes de escribir una palabra, te pregunto: Dime, en nombre de Dios Nuestro Señor, ¿por qué no me has escrito hasta ahora una sola línea? ¿Sabes que en mi aislamiento y en mi reclusión fui a veces presa de una verdadera desesperación, imaginando que habías muerto, preguntándome durante noches enteras qué habría sido de tus hijos, y maldiciendo la suerte que no me permitía serles útil? Otras veces, cuando me enteraba con certeza de que estabas vivo, me encolerizaba (pero sólo durante las horas de malestar que repentinamente experimento) y te dirigía amargos reproches. Pero esto tampoco duraba mucho; te perdonaba, intentaba justificarte, las mejores justificaciones lograban calmarme, nunca he perdido la fe en ti; sé que me amas y que me recuerdas con cariño. Te envié una carta por medio de nuestro estado mayor. Seguramente la recibiste, esperé inútilmente tu respuesta: ¿Es posible que te hayan prohibido que me escribieras? Sin embargo, está autorizado y todos los «políticos» aquí reciben varias cartas al año. Durov ha recibido varias, y a menudo la autorización de escribir ha sido confirmada por las autoridades.

Creo haber adivinado la verdadera razón de tu silencio. Tú, tan perezoso, no has ido a pedir autorización a la policía, y aunque hayas ido, te tranquilizaste con la primera respuesta negativa, acaso dada por un hombre que no estaba al tanto del asunto. Así, me has causado muchísima pena, egoísta. Me dije: si ni siquiera es capaz de molestarse por una carta, ¿qué molestias podrá tomarse cuando se trate de cosas más importantes para mí? Escribe y contesta rápidamente, pero ante todo escribe por la vía oficial, sin esperar la ocasión; escribe en detalle y largamente. Ahora soy como un miembro que te han arrancado; y quisiera volverme a unir a ti, pero no puedo. *Los ausentes siempre tienen la culpa.* ¿Es posible que esto sea verdad entre nosotros? No, no te inquietes, tengo fe en ti.

Hace una semana salí de la cárcel. Te envié esta carta en el mayor de los secretos; ni una palabra a nadie. Por lo demás, también te escribiré oficialmente a través del estado mayor del Cuerpo siberiano. Responde de inmediato a la carta oficial y, en cuanto puedas, a ésta; además, en la carta oficial también debes exponer de la manera más detallada todo lo esencial que te ha ocurrido durante estos cuatro años. Por lo que hace a mí, me hubiese gustado enviarte volúmenes enteros. Pero como apenas tengo tiempo de escribir esta carta, te voy a contar lo esencial. ¿Qué es lo esencial?

¿Qué ha sido esencial para mí durante estos últimos tiempos? Cuando reflexiono, me doy cuenta de que no te contaré nada en esta carta. ¿Cómo contarte mi espíritu, mi conciencia, todo lo que he vivido en estos años, todas mis convicciones y en qué punto me he detenido? No puedo hacerlo.

Semejante trabajo es absolutamente imposible. No me gusta hacer las cosas a medias, y decir cualquier cosa no tendría ningún sentido. Sin embargo, el relato principal está ante tus ojos. Lee y piensa lo que quieras sobre él. Es mi deber hacerlo y por eso me entrego a los recuerdos.

¿Recuerdas cómo nos separamos, mi querido, mi bienamado? Apenas me dejaste, nos condujeron a los tres, Durov, Yartrejmsky y yo, y nos aherrojaron. Era la medianoche exacta, exactamente la Navidad, cuando por primera vez fui encadenado. Las cadenas pesaban cuatro kilos y eran excesivamente incómodas. En seguida nos metieron en trineos descubiertos, cada uno sólo con un gendarme y en cuatro trineos, con el *feldjaeger* por delante, partimos de Petersburgo. Sentía el corazón pesado y un poco vago, turbado por demasiadas impresiones diferentes. Mi corazón, lleno de una especie de agitación, sufría y gemía en voz muy baja, pero el aire fresco me vivificaba y, puesto que cada nuevo paso de la vida nos hace sentir una suerte de vitalidad y de energía, me sentía, en suma, muy tranquilo y miraba fijamente hacia Petersburgo, las casas con luces festivas frente a las que pasábamos y le decía adiós a cada casa en particular. Tu apartamento en casa de Kraevsky estaba iluminado. Me dijiste que había un árbol de Navidad, que los niños, con Emilia Fedorovna, estaban allí; al pasar frente a esa casa, me sentí cruelmente triste. Sufrí por la separación; cuántas veces, años más tarde, los recordé, casi con lágrimas en los ojos. Nos conducían a Yaroslav; después de tres o cuatro etapas, en la madrugada, nos detuvimos en un café de Schliselburgo. Nos avorazamos sobre el té como si no hubiésemos comido en una semana. Las sesenta verstas de viaje en pleno invierno, después de ocho meses de prisión, nos habían dado un hambre tal que resulta un placer recordarlo. Me sentía alegre, Durov hablaba sin parar y Yartrejmsky imaginaba no sé qué espantos extraordinarios en el futuro. Nos examinamos y palpamos a nuestro *feldjaeger*. Era un simpático viejecillo; fue bueno y humano con nosotros; un hombre que había vivido mucho, que había viajado por toda Europa, entregando despachos. Su presencia en el camino nos hizo mucho bien. Se llama Kusma Prokofievitch Prokofiev. Entre otras cosas, hizo que nos metieran en trineos cubiertos, cosa muy útil, pues el frío era terrible. Al día siguiente, día de fiesta, los postillones montaron cerca de nosotros vestidos con capas de tela alemana gris y cinturones escarlata. No había un alma en las calles de las aldeas. Nos conducían por la Petersburgskaya, la Novgorodskaya, la Yaroslavkaya, etc., etc. Feas y

extrañas aldeas. Pero puesto que partimos en tiempo de fiesta, en todas partes había para beber y comer. Sentíamos un frío espantoso. Llevábamos ropas calientes, pero hacer cinco o seis etapas sin salir del coche, durante diez horas de carrera, resultaba casi imposible de soportar. Yo estaba helado hasta el corazón, y apenas lograba calentarme más tarde en las recámaras tibias de los cafés. Pero, es extraño: el viaje me restableció por completo. En la provincia de Perm, hubimos de soportar una noche de cuarenta grados bajo cero. No te lo recomiendo. Muy desagradable. Hubo un momento triste cuando franqueamos los Urales.

Los caballos y los vehículos se atascaron en la nieve. Había una tempestad de nieve. Descendimos, era de noche y, de pie, esperamos a que despejaran el camino. Alrededor de nosotros, la tormenta de nieve; la frontera de Europa; ante nosotros, Siberia y nuestro misterioso destino; detrás de nosotros, todo el pasado. Era triste y empecé a llorar. A lo largo del camino, aldeas enteras salían a mirarnos y, a pesar de nuestras cadenas, nos hacían pagar lo triple en cada etapa. Kusma Prokofievitch tomó por su cuenta cerca de la mitad de nuestros gastos; lo hizo a la fuerza, de manera que cada uno de nosotros sólo pagó quince rublos de plata por los gastos de viaje. El 11 de enero llegamos a Tobolsk y después de ser presentados a las autoridades y registrados, tomaron todo nuestro dinero y nos condujeron a mí, a Durov y a Yartrejmsky a una celda; Spechnev y los demás, llegados antes que nosotros, estaban en otra sección y apenas pudimos vernos. Quisiera haberte hablado en detalle de nuestros seis días en Tobolsk y de la impresión que me dejaron. Sólo te diré esto: una compasión, una simpatía muy viva nos recompensaron, casi, con una felicidad verdadera. Los viejos exiliados (es decir, no ellos, sino sus mujeres) se ocuparon de nosotros como si fuésemos de sus familias. ¡Qué almas maravillosas, puestas a prueba por veinticinco años de desgracia y de abnegación! Apenas pudimos verlas, pues nos aislaban severamente. Pero nos enviaron comida, ropa; nos consolaron y animaron. Yo había partido a la ligera, olvidando mi ropa, y ahora me arrepentía... Las mujeres me enviaron ropa. Al fin volvimos a partir y tres días después llegamos a Omsk. En Tobolsk había obtenido informes sobre nuestras futuras e inmediatas autoridades. El comandante era un hombre muy conveniente, pero el mayor de la plaza, Kivtzov, era un canalla como hay pocos, un bárbaro mediocre, un cabrón, un borracho, todo lo más repugnante imaginable. Para empezar, nos trató a Durov y a mí de imbéciles a causa de nuestra actividad política y prometió castigarnos corporalmente a la primera falta. Era mayor de plaza desde hace dos años y había cometido espantosas injusticias. Dos años después, debió comparecer ante los tribunales. Dios me lo protegió. Siempre llegaba borracho (jamás lo vi sobrio), buscaba camorra con algún forzado y le fustebaba con el pretexto de que el prisionero es-

taba borracho, lo cual era falso. Otras veces, durante sus visitas nocturnas, fustebaba a alguien, porque no estaba durmiendo sobre el costado derecho, a otro porque gritaba o deliraba en sueño: por cualquier razón que pasaba por su cabeza ebria. Con un hombre así debíamos vivir sin provocar daño, y era este hombre quien redactaba los informes y enviaba cada mes a Petersburgo las atestaciones sobre nosotros. En Tobolsk había conocido a la gente de las prisiones y ahora, en Omsk, me disponía a pasar cuatro años entre ellos. Son gente grosera, exasperada y endurecida. El odio hacia la nobleza rebasa en ellos todo límite y a nosotros, que éramos caballeros, nos recibieron con hostilidad y con la amenazante alegría de vernos en desgracia. Por lo demás, juzga cómo podríamos defendernos si era preciso vivir, beber y comer y dormir con esa gente durante años, y sin tiempo siquiera de quejarse, tan numerosos y variados eran los ultrajes. «Ustedes, nobles, picos de hierro, ustedes nos han devorado. Antes tú eras un señor, torturabas al pueblo y ahora mírate cómo estás, más bajo que los más bajos, convertido en nuestro semejante.» Tal fue el tema que se desarrolló aquí durante cuatro años. Ciento cincuenta enemigos jamás se cansaron de perseguirnos, éste era su placer, su distracción, su ocupación, y lo único que nos salvó fue nuestra indiferencia, nuestra superioridad moral que ellos no podían dejar de comprender y respetar; y también nuestra negativa de someternos a su capricho. No tenían idea de cuál podía ser nuestro crimen. Y nosotros no hablábamos del tema; por eso no nos comprendían; hubimos de soportar todas las venganzas y persecuciones contra la nobleza que a los otros prisioneros les permitían vivir y respirar. Nuestra vida era muy dura. La cárcel militar es más dura que la cárcel civil. He vivido cuatro años sin salir de los muros, si no para ir al trabajo. El trabajo era duro, no siempre, naturalmente, pero a veces mis fuerzas eran vencidas por la tempestad, por la humedad, por el fango y por el frío insoportable de los inviernos. Una vez pasé cuatro horas en un trabajo especial; el termómetro se congeló y había cuarenta grados bajo cero. Se me congeló un pie. Vivíamos amontonados, todos juntos, en una sola barraca. Imagina un edificio de madera, viejo, gastado, cuya demolición estaba decidida desde hace tiempo, y que ya no servía para nada. En el verano, un calor insoportable; en el invierno, un frío espantoso. Todas las maderas podridas. En el suelo, un centímetro de inmundicia; se corre el riesgo de resbalar y caer sobre ella. Las pequeñas ventanas están enverdecidas por la escarcha, de manera que casi no hay momento del día en que se pueda leer. Un centímetro de hielo en los vidrios. El techo gotea; todo es corriente de aire. Nosotros, metidos allí como arenques en barril. Se queman seis leños en la estufa; no hay calor (el hielo apenas lograba derretirse dentro de la barraca), pero sí un humo insoportable; la misma historia todo el invierno. Los forzados lavan su ropa en la barraca, salpicándolo todo. No hay espacio para

moverse. Del crepúsculo al alba no es posible salir a hacer las necesidades, pues las puertas están cerradas con candados; a la entrada hay una cubeta y el olor es insoportable. Todos los prisioneros apestan como cerdos y dicen que no pueden evitar sus porquerías: «Somos seres vivos.» Dormimos sobre catres desnudos, sólo se nos permite una almohada. Nos cubríamos con mantas cortas, pero los pies se quedaban descubiertos toda la noche. Temblábamos la noche entera. Piojos, chinches, cucarachas al mayoreo. En invierno nos vestíamos con chaquetas forradas de piel, a veces de la peor calidad, que nos retienen el calor, con botas cortas, ¡y anda a pasearte por el frío siberiano! Para comer nos daban pan y sopa de coliflor que debía contener un cuarto de libra de carne por persona; pero metían en la sopa carne picada y yo nunca pude encontrarla. Los días de fiesta, flor de harina de trigo con casi nada de mantequilla. Durante la cuaresma, coliflores, agua y casi nada más. He destruido terriblemente mi estómago y varias veces he estado enfermo. Juzga si se podía vivir sin dinero: sin él, seguramente hubiese muerto y nadie, ningún prisionero, podría haber soportado una vida tal sin dinero. Cada uno fabrica alguna cosa, la vende y junta algunos kopecks. Bebía té y a veces comía mi pedazo de carne, y eso me salvó. Era imposible dejar de fumar en esa atmósfera. Se corría el riesgo de la asfixia. Todo esto se hacía a escondidas. A menudo estuve enfermo en el hospital. La destrucción de mis nervios me provocó el peor de los males, pero las crisis son raras. También tengo reumatismo en las piernas. Aparte de esto, estoy bastante bien. Añade a todas estas diversiones la casi imposibilidad de tener un libro; cuando se encuentra uno, hay que leerlo a escondidas; la eterna hostilidad y la querrela alrededor de uno, las injurias, los gritos, el escándalo, nunca solo, siempre vigilado, y esto durante cuatro años, sin variación, una amenaza constante de castigo, las cadenas, una opresión constante del espíritu: he aquí la imagen de mi vida cotidiana. ¿En qué se han convertido estos cuatro años en mi alma, mis creencias, mi inteligencia y mi corazón? No te lo diré, sería demasiado largo. Pero la eterna concentración en mí mismo, pues sólo dentro de mí encontraba refugio de la amarga realidad, ha brindado sus frutos. Ahora hay en mí múltiples exigencias y esperanzas en las cuales antes nunca había pensado. ¡Una cosa! No me olvides y ayúdame. Me hacen falta libros y dinero. Mándamelos, por el amor de Cristo.

No sé qué me espera en Semipalatinks. Soy bastante indiferente a ese destino. Pero hay algo que no me es indiferente: aboga por mí, intercede ante alguien. ¿No podría, dentro de uno o dos años, ir al Cáucaso? ¡Por lo menos, en Rusia! ¡Es mi ardiente deseo, exígelo, por el amor de Cristo! ¡Hermano, no me olvides! Qué cosas, te escribo y decido de todo, hasta de tu fortuna. Pero mi fe en ti no se ha apagado. Eres mi hermano y me ama-

bas. Me hace falta dinero. *Me hace falta vivir, hermano. Estos años no pasarán sin rendir sus frutos.* Me hacen falta dinero y libros. Lo que gastes en mi persona no se perderá. No despojarás a tus hijos si me ayudas. Déjame vivir y les pagaré con intereses. De aquí a seis años, quizá antes, me dejarán escribir de nuevo. Muchas cosas pueden cambiar y ahora ya no escribiré tonterías. Oírás hablar de mí.

Pronto volveremos a vernos, hermano, muy pronto. Hay una gran caridad en mi alma. Tengo ante mis ojos todo mi porvenir, todo lo que haré. Estoy satisfecho de mi vida. Sólo una cosa debemos temer: la arbitrariedad de los hombres. Caer bajo un jefe que te toma ojeriza (los hay), que por una nadería decreta tu pérdida y te hace sucumbir de trabajo; y yo soy tan débil, no tengo fuerzas para cargar el peso de una vida de soldado. «Allí —me dicen para animarme— todos los hombres son simples.» Sólo que yo le temo más al hombre simple que al hombre complicado. Pero, en fin: Los hombres son los hombres en todas partes. Incluso en la cárcel, entre los bandidos, al cabo de cuatro años descubrí que había hombres. ¿Podrías creerlo? Hay naturalezas profundas, fuertes, maravillosas; fue bueno descubrir el oro bajo la ruda escoria. Y no sólo uno o dos, sino varios. A unos no puede dejar de respetárseles; otros son absolutamente admirables. A un cherkés (encarcelado por bandidaje) le enseñé a leer y a escribir el ruso. ¡Con cuánta gratitud me colmó! Otro prisionero lloró cuando nos separamos. Le había dado dinero; muy poco, pero su gratitud no tenía límites. Y, sin embargo, mi carácter se ha estropeado. Me mostraba caprichoso e impaciente con ellos. Respetaban mis humores y lo soportaban todo sin murmurar. A propósito: ¡qué cantidad de tipos maravillosos me he traído de la cárcel! Me acostumbé a ellos, y por eso creo conocerlos bastante bien. Cuántas narraciones de vagabundos y de bandidos y de toda esa vida negra y miserable; hay allí materia para volúmenes enteros. ¡Qué pueblo maravilloso! En fin, que no perdí el tiempo. Aprendí a conocer, si no a Rusia, por lo menos a su pueblo, a conocerlo bien, quizá como pocos le conocen. Mira, este es mi pequeño orgullo. Espero que sea perdonable.

Tu Dostoievsky.»



SOBRE «CRIMEN Y CASTIGO»

Once años después nace quizá el mejor «fruto» de los que Dostoievski le anunciara a su hermano, «Crimen y castigo». El autor se lo explica así a Katkov, director del periódico «El Mensajero Ruso», en la siguiente carta:

«Es la reseña psicológica de un crimen. La acción es actual; sucede este mismo año. Un joven expulsado de la Universidad, de modesto origen citadino y que vive en pobreza extrema, resuelve, por ligereza, por falta de principios y bajo la influencia de algunas de esas ideas «mal digeridas», extrañas, salir de un golpe de su triste situación. Ha decidido asesinar a una vieja, viuda de consejero honorífico, y cuya profesión es la usura. Esta vieja es estúpida, sorda, enferma, cobra intereses monstruosos, sólo hace daño, devora a su prójimo, atormenta y explota a su propia hermana menor. «No sirve para nada.» —«¿Para qué vive?»— «¿Para qué es útil?»... Estas preguntas le hacen perder la cabeza al joven. Decide matarla, robarla, para asegurar el bienestar de su madre, dama de compañía en casa de unos nobles propietarios, de las intenciones deshonestas del jefe de esa noble familia, que amenazan con perder a la hermana; para terminar sus estudios, viajar al extranjero y, en seguida, ser un hombre honrado el resto de su vida: firme, inflexible en la ejecución de «su deber de hombre hacia la humanidad», y con ello, «expiar su crimen», si se puede llamar crimen a ese acto cometido contra una vieja sorda, estúpida, maligna y enferma que, ella misma, no sabía por qué estaba en el mundo y que quizá hubiese muerto naturalmente un mes más tarde.

Aunque semejantes crímenes sean de ejecución sumamente difícil y casi siempre revelen de manera grosera sus contornos y pruebas de convicción, etc.; aunque dejan un amplio margen al azar que casi siempre traiciona a los culpables, nuestro estudiante, por un mero azar, logra cometer su crimen rápidamente y sin obstáculos.

Transcurre casi un mes después del crimen antes de que se presente la catástrofe definitiva. No existe la menor sospecha contra el estudiante y no puede haberla. Pero es aquí donde se desarrolla el proceso psicológico. El asesino se enfrenta a problemas insolubles; sentimientos inesperados e insospechados le torturan el corazón. La verdad divina y la ley terrestre toman la iniciativa, y el estudiante termina por verse *obligado* a denunciarse. Es obligado: quizá para perecer en la cárcel, pero encontrando de nuevo la sociedad de los hombres: el sentimiento de separación y de aisla-

miento de la humanidad que ha comenzado a experimentar apenas cometido el crimen ha sido para él un suplicio. La ley divina y la naturaleza humana han triunfado. El criminal decide aceptar el sufrimiento para expiar el acto. Me es difícil, por lo demás, exponer completamente mi idea.

Además, hay en mi narración una alusión a la idea de que la pena infligida jurídicamente espanta, espanta muchísimo menos, al criminal de lo que los legisladores se imaginan; bastaría invocar esta razón: *el propio criminal, moralmente, reclama el castigo.*

Esto lo he comprobado aun en las gentes más groseras. Quisiera, esta vez, mostrarlo en un hombre evolucionado, un hombre de la nueva generación, a fin de que la idea sea más viva y más palpable.

Varios casos ocurridos recientemente me han convencido de que *mi sujeto* no tiene nada de excéntrico (digo: un joven educado, e incluso amable, convertido en asesino). El año pasado me contaron en Moscú la historia de un joven, expulsado de la Universidad después de los disturbios, que había decidido atacar la oficina de correos y matar al empleado. Abundan en nuestros periódicos los signos de este extraordinario quebrantamiento de todas las nociones, que empujan a cometer actos monstruosos. (Ese seminarista que mató a una jovencita, después de haberla citado en una barraca, y que una hora más tarde fue detenido mientras cenaba..., etc.) En suma: estoy convencido de que mi tema está justificado por la actualidad.

Estaría de más añadir que en esta exposición de la idea de mi narración he descuidado contar toda la intriga. Garantizo que será interesante. El valor artístico no me corresponde a mí juzgarlo. A menudo me he visto obligado a escribir mal, muy mal, deprisa, para una fecha precisa, etc. Pero esta novela la he escrito sin prisa y con pasión. Intentaré, por lo menos para mí mismo, acabarla de la mejor manera posible.»

